



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La condición para ser protegido

Exposición del Mensajero del Eterno

ACTUALMENTE, los seres humanos están expuestos a múltiples peligros. Por eso, según les dicta el conocimiento de las cosas que suceden, toman toda clase de medidas para protegerse de lo que pudiera perjudicarlos, y especialmente de los malhechores.

Con este fin han elaborado una cantidad de leyes restrictivas, de prohibiciones y de castigos. Hay incluso leyes para proteger a los padres contra las maldades posibles de sus hijos y, a la inversa, para proteger a los hijos contra la falta posible de honradez de los padres.

En realidad, nadie es verdaderamente protegido con estas innumerables medidas. Se puede decir, acerca de la mayor parte de estos remedios, que son peores que el mal pero como los seres humanos no tienen otra cosa, se conforman con ellos.

Los hombres no conocen la verdad, y tienen una falsa noción de las cosas. Todo esto extiende un velo opaco sobre la humanidad. Las Escrituras dicen con acierto que „las tinieblas cubren la tierra, y la oscuridad los pueblos“. El Omnipotente les envía luz, pero como ésta se manifiesta por cosas que no les agradan, no la aceptan.

Sin embargo, es esto que les sería favorable y que los protegería verdaderamente. Pero no son muchos los que se deciden en seguir los caminos de la rectitud y de la verdad, y con lo cual obtendrían un resultado tan grandioso y benéfico. Obtendrían la salvación, la protección y la bendición.

Cuanto más se entregan los seres humanos a toda clase de estudios, de ciencias y de religiones, más se hunden al mismo tiempo en las tinieblas. El Señor nos ofrece su ayuda y su socorro porque nos tiene afecto y quisiera ayudarnos. Por eso nos invita a poner en práctica lo que nos recomienda. Cuando lo hacemos, nos beneficiamos de una magnífica protección, que es la protección divina.

De todos modos es interesante observar que esta protección exterior no es la protección esencial. Pues existe un peligro mucho más grande, mucho más terrible y que se manifiesta de una manera constante. Este peligro proviene de nuestra propia mentalidad, de nuestro carácter torcido, de nuestra identidad, de nuestro registro personal; en pocas palabras, de nuestro yo.

Este es de veras el enemigo más grande que tenemos. Es preciso, pues, para protegernos de este terrible adversario, y para luchar contra el enemigo irreductible que representa nuestra antigua mentalidad, que podamos recibir el socorro divino. Esta ayuda nos es dada en forma de un carácter completamente nuevo; adquirimos otra mentalidad y una nueva personalidad

que el apóstol Pablo llama el nuevo hombre.

Naturalmente, cambiar de carácter representa un trabajo del alma de cada instante. Si aconsejamos la paciencia a un impaciente, resultará una pejiquera para él. Como para despertar la confianza en un suspicaz es toda una labor a realizar. Pues el suspicaz opondrá otras tantas razones, todas más plausibles unas que otras, para defender su razón de sospechar del prójimo. En efecto, el razonamiento humano está hecho de suspicacias y de dudas. Es inevitable, puesto que el hombre es egoísta y teme siempre ser humillado.

Por tanto, es fácil comprender que el más grande enemigo que tenemos no procede del exterior, sino que convive en nuestro corazón, es el viejo hombre. Como nos beneficiamos del conocimiento de la verdad, teóricamente estamos del todo al día, pero en cuanto a la práctica la cosa es muy distinta.

Según podemos darnos cuenta, el gran amigo que es nuestro querido Salvador, no puede tener contacto con nuestro viejo hombre. No hay nada que buscar por este lado, es inútil, no hay medio de tergiversar.

Como lo he dicho ya, los enemigos exteriores pueden ser fácilmente vencidos, porque el Señor protege a sus hijos de una manera admirable. Pero es evidente que esto es siempre en la medida en que sus hijos quieren someterse a sus directivas

Hay toda una escala de sentimientos y de posibilidades. La fe entra en juego de una manera sumamente importante para el discípulo de Cristo. Daos cuenta, por ejemplo, de lo que les sucedió a los discípulos del Señor cuando estaban en la barca. Le vieron acercarse andando sobre las aguas y experimentaron un miedo espantoso, hasta el momento en que el Señor les dijo: „No temáis, soy yo.“

Entonces el apóstol Pedro, con su impulsividad dijo: „Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.“ Durante un momento esto dio buen resultado, hasta el momento en que la débil fe de Pedro le desamparó en el momento de levantarse una ráfaga de viento. Esta ráfaga probó su fe, y como no era firme, naufragó en la prueba.

Es así mismo para nosotros. Nos suceden experiencias que nos ponen a prueba. Cuando estas dificultades son ligeras, nuestra fe puede aún allanarlas. Pero, tan pronto como crecen las dificultades, la cuestión es saber si podemos salvar la dificultad por la fe, de manera a recibir la ayuda que nos es dada entonces por el espíritu de Dios. Naturalmente, su espíritu sólo obra en nosotros con la fe. En efecto, el Señor dice bien: „Conforme a tu fe te sea hecho“.

Ahora, con las maravillosas enseñanzas que nos han sido dadas, especialmente en estos últimos tiempos, sabemos que todas las dificultades pueden ser vencidas. Incluso las enfermedades más graves pueden curarse, entre las cuales incluimos la enfermedad de la vejez (puesto que la vejez es un desgaste). Mas para esto hay que tener la fe.

Los tres hebreos, por ejemplo, fueron arrojados en el horno ardiendo, destinado a aniquilarlos; pero no sufrieron ninguna quemadura en razón de su fe que los protegió. Si no, hubieran sido completamente consumidos.

En cuanto a nosotros, las distintas dificultades que nos alcanzan y el desgaste que se manifiesta poco a poco en nuestro organismo, acaban por consumirlo, a menos que podamos realizar la fe que salva. La fe se traduce en una completa obediencia a aquel que acepta a los seres humanos y los instruye de manera que formen el Reino de Dios terrenal, esto por convicción, amor y apego.

Los innumerables beneficios que recibimos de parte del Señor deberían producir en nuestro corazón una gratitud y un apego magníficos. Entonces podríamos realizar una gloriosa armonía con nuestro buen Padre celestial y con nuestro querido Salvador.

Sin embargo hemos de constatar que muy poco funciona aún en medio de nosotros esta gratitud y este apego. Sin duda hay hermanos y hermanas que dan pasos hacia adelante, pero la mayor parte se deja aún detener por toda clase de consideraciones.

No obstante, tenemos todo lo que se necesita para reconocer lo bien fundado de los caminos divinos. Las variadas pruebas –sobre todo las pruebas que afectan nuestra salud– nos ayudan enormemente a coger el paso. Cuanto más sentimos el dolor, más tenemos facilidad en coger la buena dirección.

En cambio, cuando el mal es aún soportable, nos hacemos el sordo, nos damos un motivo, aguantamos con la pequeña dificultad que nos afecta. Pero cuando el sufrimiento hace su obra en silencio, entonces clamamos al Señor, y se está mejor dispuesto a pasar por la hilera divina. Por eso, a causa de nuestro carácter deformado, casi podríamos decir que cuanto más duele el mal, más efecto surte.

No obstante, todo iría fácilmente si fuéramos profundamente agradecidos, maravillosamente adictos al Todopoderoso, si le amáramos verdaderamente de todo corazón y sobre todas las cosas; entonces no sería necesario que los dolores vinieran a ser tan agudos antes de someternos al régimen divino.

Era necesario que los tres hebreos pasaran

anteriormente por pruebas sucesivas y consecuentes, para acabar por manifestar semejante actitud ante la prueba capital.

En todo caso, el plan divino es inefable. ¡Y pensar que ahora hemos encontrado el camino que permite al hombre no descender al sepulcro! Esto es grandioso. Es evidente que no basta con oír. Sólo las cosas se comprenden verdaderamente y se experimentan en el momento en que se observan fielmente las condiciones puestas delante de los hijos de Dios. Por tanto, se trata de ser honrado consigo mismo y con el programa divino.

Es necesario que estemos ocupados en cumplir el ministerio del discípulo, y sólo pensar en las buenas cosas, dejando a un lado las malas. Es preciso procurar con todo nuestro corazón realizar la unidad, porque debemos absolutamente formarla.

Es al vivir la unidad del pueblo de Dios como podrán creer los seres humanos. Nadie entre nosotros debe aislarse, pasearse siempre solo como si fuera un extranjero, mantenerse en un rincón como un oso en su guarida.

Si estamos solos, no podemos hacer bien a nuestro prójimo. Y como es solamente el bien que hacemos al prójimo que nos hace realmente bien, si nos aislamos nos cortamos de toda bendición, y es lo que yo quisiera evitarles a mis queridos hermanos y hermanas. Por eso hablo a veces un lenguaje incisivo, que aún podría parecer algo duro a ciertos amigos. Pero cuando hay peligro, soy responsable de mostrar toda la verdad.

Como lo dicen las Escrituras, las heridas de un amigo prueban su fidelidad. Es lo que ya decía Salomón antiguamente. Se trata, pues, de abrir nuestro corazón francamente, como un niño, no ocultar nada, sino volvernos simples y naturales.

Entonces nos encontraremos del todo a gusto en el seno de la familia de la fe. Nos sentiremos felices y apreciaremos todas las correcciones que nos ayudan a ver lo que nos impide prepararnos un éxito seguro.

Como lo he mostrado, los peligros exteriores no son terribles, porque el Señor se encarga de proteger a sus queridos hijos que tienen la fe. El gran peligro es el viejo hombre. Por tanto, hay que hacerlo morir; es el único medio de tener la paz y de no temer nada. Sobre todo es menester llegar a ser agradecidos, porque esto nos ayudará en gran manera a disciplinar nuestro viejo hombre.

El egoísmo impide la gratitud. Es preciso combatirlo enérgicamente en nosotros, a fin de dejarnos conmover verdaderamente por toda la benevolencia divina. Pensemos en todo el amor que el Omnipotente nos ha manifestado al enviarnos a su Hijo unigénito para salvarnos.

¡Cuántos beneficios, ternuras, misericordias y compasiones nos ha concedido! Nuestro querido Salvador cubre todos nuestros defectos y nos justifica por mediación de la fe en su obra redentora. Si bien lo pensamos, hay todo para congobernarnos profundamente.

Debemos tomar nota de nuestros defectos, para que desaparezca cualquiera de ellos con el cambio de nuestro carácter. Por otra parte, debemos repasar en nuestro corazón toda la gracia divina y la cobertura de nuestras pobrezas. Es así como lograremos ser agradecidos. Por este hecho aumentará el gozo en nosotros hasta hacerse desbordante, porque la equivalencia de la gratitud es la alegría.

Si seguimos fielmente los caminos divinos

podemos estar persuadidos de la completa victoria, puesto que el bien es más fuerte que el mal. Para esto, se trata de realizar la espiritualidad divina. Por eso insisto continuamente sobre este punto particular.

Es indispensable que desarrollemos la espiritualidad para asociarnos cada vez más íntimamente a la obra del Eterno. Esto nos conducirá a ser verdaderos colaboradores, hermanos y hermanas, y no solamente amigos.

El Señor nos guarda, nos bendice, no nos riñe, nos protege con una bondad sin igual. Nos dice: „Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra, más a ti no llegará.“ David ya lo experimentó en su tiempo, e incluso dijo: „El Eterno me hace rejuvenecer como el águila“. „No temerás saeta que vuele de día, ni pestilencia que ande en oscuridad».

Por este lado, no tenemos nada que temer, si corremos fielmente la carrera. No nos sucederá ningún mal hasta que hayamos afirmado nuestra vocación y nuestra elección.

El Señor nos lo garantiza, y es fiel a su promesa. Quiere formar en nosotros un magnífico carácter que corresponda, en cuanto concierne al Ejército del Eterno, a lo que es necesario para realizar la vida durable, y en cuanto al pequeño rebaño, para obtener la inmortalidad de la naturaleza divina. Naturalmente, esto requiere abandonar las animosidades, las disputas, los celos, los pleitos, los excesos de la mesa, la farmacia, etcétera.

Si todavía nos ocupamos de estas cosas, estamos seguros de fracasar en la carrera. Sin embargo, sólo con obedecer a la verdad y al poner a un lado todo lo demás, habría todas las facilidades para triunfar. Si vemos algo que no está conforme en nosotros, redoblemos de vigilancia y todo andará de maravilla; pero conviene que seamos honrados con nosotros mismos y con la verdad.

Lo que es indispensable, es que tengamos una confianza ilimitada en el Eterno. Estemos bien persuadidos de que el Señor nos protege, y de que no puede sucedernos ningún mal, como acabo de decirlo. Todo concurre para bien de los que aman a Dios; todo sin excepción, y nada puede manifestarse que no sea para nuestra felicidad y nuestra bendición.

Desde luego, es necesario comprender los caminos divinos, renunciar a sí mismo y decir: „Cómo tú quieras; si quieres abrirme la puerta, estoy agradecido; si la cierras, me alegro también, porque es la prueba de que algo no sería bueno para mí, y de que así me diriges con amor y sabiduría.“

Sobre todo es necesario someternos a la disciplina de la Casa de Dios, y aceptar las cosas como el Señor las ha establecido. Es indispensable que pongamos a un lado nuestra voluntad personal, que representa nuestra antigua mentalidad egoísta y autoritaria, que no quiere doblegarse, que le agrada mandar y hacer lo que le place. No olvidemos que la obediencia viene antes del sacrificio; pero a nuestro corazón no le agrada obedecer ni someterse, esta es la cuestión.

El Eterno quiere liberarnos, y lo hace; nos muestra la liberación cuando nos propone ejercitarnos en ser afectuosos, agradecidos, en amar los caminos divinos. Es experimentando honradamente sus caminos como podemos adquirir un magnífico caudal de fe y de certidumbre. Es como para los tres hebreos; pasaron por muchas experiencias antes de poseer una fe de tal manera arraigada.

Si vivimos el programa divino, haremos maravillosas experiencias, las cuales nos permitirán adquirir una completa estabilidad en los caminos del Señor. Pero sobre todo es menester respetar la disciplina. Podemos estar bien persuadidos de que si ponemos en ello todo nuestro corazón, la victoria es segura.

Nuestra misión es introducir el Reino de Dios. Para esto, estemos muy atentos a las instrucciones que nos da el Señor. Así podremos progresar rápidamente y con las pruebas registrar verdaderos triunfos. De impacientes que éramos adquiriremos la paciencia.

Lograremos amar a nuestro prójimo, a nuestros hermanos y hermanas verdaderamente, e incluso a nuestros enemigos. Amaremos al Eterno sobre todas las cosas. Así estaremos entusiasmados del programa divino y de poder correr la carrera que nos ha sido abierta por la gracia divina. Ya nunca más nuestro rostro reflejará tristeza ni contrariedad, sino que siempre brillará el sol en nuestro corazón.

Como lo dice el apóstol Santiago, las dificultades a las que podamos estar expuestas en el camino, deben ser para nosotros objeto de sumo gozo. Naturalmente esto sólo puede ser el caso si le damos siempre la preponderancia al nuevo hombre.

Si tratamos el viejo hombre con contemplaciones, notaremos a cada momento cansancio, pesadez, desaliento, temores, preocupaciones, y estaremos muy mal parados. Afortunadamente que el Señor nos tiende siempre la mano para mantenernos a flote. No obstante, no puede seguir así indefinidamente.

En efecto, nuestras repetidas ilegalidades surten finalmente funestas consecuencias, aunque el Eterno tenga una misericordia que dure siempre; pues nadie puede dar los pasos por nosotros. Por tanto, debemos darlos en tiempo oportuno, si no queremos desaparecer con el mal que cometemos.

Queremos, pues, hacer lo que el Señor nos recomienda tan amablemente, de modo a poder decir con verdad y seguridad: „ Nuestro Dios a quien servimos puede librarnos, más si no lo juzga bueno, con El pasaremos por la prueba, y le seremos de todos modos fieles.“

De esta manera podemos ser verdaderos colaboradores del Señor, le honraremos y afirmaremos ciertamente nuestra vocación y nuestra elección.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Vamos adquiriendo poco a poco más humildad, altruismo, amor al prójimo, renunciamiento?
2. ¿Hemos podido sentir la aprobación divina, dejar algunos antiguos hábitos y registrado algunas victorias?
3. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la fe, la sensibilidad del corazón, la comunión divina, y los sentimientos del Reino?
4. ¿Se desarrolla nuestra espiritualidad divina con la santificación y obedecemos por convicción y gratitud?
5. ¿Hemos podido sentir la protección divina, procurado siempre ser fieles al programa, sido generosos en el afecto divino?
6. ¿Hemos sido fieles en todo, sentido la protección divina, vivido con alegría las lecciones del día?